

Domingo VII-ordinario-C
Vida y cuerpo
Padre Pedro José Yynaraja Díaz

TEXTOS

I libro de Samuel (26, 2. 7-9. 12-13. 22-239)

En aquellos días, Saúl emprendió la bajada hacia el páramo de Zif, con tres mil soldados israelitas, para dar una batida en busca de David.

David y Abisay fueron de noche al campamento; Saúl estaba echado, durmiendo en medio del cercado de carros, la lanza hincada en tierra a la cabecera. Abner y la tropa estaban echados alrededor. Entonces Abisay dijo a David:

—«Dios te pone el enemigo en la mano. Voy a clavarlo en tierra de una lanzada; no hará falta repetir el golpe».

Pero David replicó:

—«¡No lo mates!, que no se puede atentar impunemente contra el ungido del Señor».

David tomó la lanza y el jarro de agua de la cabecera de Saúl, y se marcharon.

Nadie los vio, ni se enteró, ni se despertó: estaban todos dormidos, porque el Señor les había enviado un sueño profundo.

David cruzó a la otra parte, se plantó en la cima del monte, lejos, dejando mucho espacio en medio, y gritó:

—«Aquí está la lanza del rey. Que venga uno de los mozos a recogerla. El Señor pagará a cada uno su justicia y su lealtad. Porque él te puso hoy en mis manos, pero yo no quise atentar contra el ungido del Señor».

I carta de san Pablo a los Corintios (15, 45-49)

Hermanos:

El primer hombre, Adán, fue un ser animado. El último Adán, un espíritu que da vida.

No es primero lo espiritual, sino lo animal. Lo espiritual viene después.

El primer hombre, hecho de tierra, era terreno; el segundo hombre es del cielo.

Pues igual que el terreno son los hombres terrenos; igual que el celestial son los hombres celestiales.

Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial.

Evangelio según san Lucas (6, 27-38)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«A los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué merito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen.

Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué merito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo.

¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos.

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante.

La medida que uséis, la usarán con vosotros».

COMENTARIO

Que somos humanos nadie lo niega. La diferencia que puede haber entre un humano y un animal, no lo tienen clara algunos, allá ellos. La que pueda haber entre cualquiera de nosotros, sumergidos en el espacio/tiempo y la posterior en la Trascendencia, llamada también Eternidad, es difícil entender, sin olvidar que algunos, esta existencia libre, ni siquiera la aceptan.

La corporeidad nos es común a hombres y animales. Es común y semejante, sin llegar a ser exactamente igual. Biológicamente considerado el cuerpo humano vivo, está mudando de continuo, de manera que se afirma que en el periodo de dos años se mudan totalmente sus partículas, son todas otras. Queda la forma, la apariencia, que por otra parte va evolucionando, apareciendo o atrofiándose algunas de sus partes.

Si de continuo varía el cuerpo ¿qué juicio nos merece? ¿qué respeto o desprecio debemos otorgarle?

Cuidar la salud, condenar a muerte o suicidarse, son realidades implicadas en estas nociones.

La corporeidad viva merece respeto, sí, es verdad, pero, según nuestra ideología, se le puede añadir dignidad mayor o menor. Nosotros creemos que toda vida humana debe ser respetada, David en cambio, hubiera matado a Saúl, su enemigo, si no hubiera sido el ungido de Dios.

Desde aquellos tiempos hemos progresado mejorándonos, o así lo creemos.

Si las culturas progresan, los individuos también debemos progresar. Una de las manifestaciones de esta mejoría, debiera ser y quedar patente, en el amor a los demás hombres.

En los primeros capítulos de la Biblia ya aparece el obstáculo del amor, la envidia, Caín mata a Abel.

Poco a poco Dios va iluminando la mente y se le dice que debe amar al otro como hermano o cómo a sí mismo. No se es demasiado exigente y no se le reclama que ame a su enemigo.

Llegada la plenitud de los tiempos, viviendo Dios entre nosotros, el que llamamos Cristo, nos enseña que si queremos imitarle a Él, es preciso que respetemos, amemos y ayudemos a quienes no nos merecen ni siquiera confianza, e incluso a los enemigos.

¿En qué etapa del amor y respeto estamos?. Que se lo pregunte cada uno

Y no se olvide que lo que enseña Jesús en el pasaje correspondiente de la misa de este domingo, no es el final, el Jueves Santo, acabada la Santa Cena, nos revelará el culmen del amor, la Caridad suprema. Pero ya llegará el momento de explicarlo entonces, con lo de hoy ya tenemos suficiente.

Un inciso para acabar. De acuerdo con lo que os he señalado, queridos lectores, hay que añadir lo dicho por Pablo. *“El primer hombre, hecho de tierra, era terreno; el segundo hombre es del cielo. Pues igual que el terreno son los hombres terrenos; igual que el celestial son los hombres celestiales. Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos también imagen del hombre celestial”.*

Es buena la advertencia para serenar nuestro ánimo cuando la angustia por la muerte de una persona amada o la nuestra propia nos aterra. El futuro eterno no es un cadáver revivido.

¿Qué y cómo somos?